

Viena de las Galias; sobrevino también la de San Zacarías, su sucesor en la misma silla; y en las cercanías de Roma la de la ilustre virgen Domitila, á la que sin respeto á la sangre imperial que corria por sus venas, despojó el pueblo sediciosamente de la vida por odio á su fé. Probable es que San Cesario, célebre diácono de Tarragona, sufriese el martirio por esta misma época, y también los santos Zósimo y Rufo, compañeros de San Ignacio, de quienes habla San Policarpo en su Epístola á los filipenses. Afirmase que en Filipos padeció la pena capital San Pármenas, uno de los siete primeros diáconos instituidos por los Apóstoles, el cual vivia aun en el reinado de Trajano. Fué igualmente sentenciado en la provincia de Pisidia, por el presidente Domiciano, el soldado Zósimo, cuyo nombre es muy célebre en los Martirologios griegos y latinos. Por último, el mismo Plinio nos refiere en sus cartas que martirizó á muchos cristianos en Bitinia, mientras fué gobernador de aquella provincia (1).

Pero donde la sangre corrió con mas abundancia, fué en Siria. San Barsimeo, obispo de Edesa, sufrió la muerte con San Barbelo y Santa Barbea, á quienes habia convertido: Santa Eudoxia consiguió el martirio en Heliópolis de Fenicia. Cuentan los griegos un sinnúmero de prodigios y de mártires de aquel tiempo, y entre otros refieren que un ejército entero de cristianos fué desterrado á la Armenia por haber rehusado sacrificar á los dioses del Imperio. Pero estos autores, llevados de un celo indiscreto, han mezclado de tal modo lo fabuloso con lo verdadero, que es muy difícil distinguir lo uno de lo otro, y todo lo que se puede afirmar en general es que el falso celo de Trajano sacrificó en las provincias

(1) Plin. lib. 10, Epist. 97.

orientales una multitud de inocentes víctimas, hasta que Tiberiano, gobernador de Palestina, le representó que no le era posible aterrar con el pavor de la muerte á los adoradores de Cristo, ni aun sentenciar judicialmente á todos los que se presentaban por su propia voluntad á sufrir los tormentos.

El emperador, harto prudente para no permitir se despoblasen así las provincias de su imperio, minoró desde luego las persecuciones, y despues hizo que cesasen del todo aquellas inicuas vejaciones en cuanto fuese compatible con la orden que antes habia dado á los gobernadores, de que no buscasen á los cristianos y que se concretasen á castigar á los que fuesen denunciados (a). No comenzó esta indulgencia hasta los últimos años del reinado de Trajano, el cual se habia visto en uno de aquellos singulares peligros que envia la Providencia para recordar á los príncipes del siglo la idea de un primer autor que tiene en su mano la suerte de los dueños del universo y la del universo mismo.

En Antioquía, donde se hallaba el emperador descansando con el ejército, que regresaba de sus gloriosas expediciones contra los partos, ocurrió durante el invierno un espantoso terremoto, y aunque causó poco daño en las ciudades vecinas, trastornó en

(a) He aquí este decreto, espedido á consecuencia de lo que á Trajano escribieron los presidentes Tiberiano y Plinio el Joven, desde sus respectivas provincias, esponiéndole claramente que por solo el delito que segun ellos cometian los cristianos de dejar una religion por otra, no convenia despoblar las provincias del imperio; decreto de que nos ha quedado copia entre las cartas del emperador á Cayo Plinio: «En adelante no se hará pesquisa contra los cristianos; solo se castigarán los denunciados y convictos, y se concederá perdon á todo el que rinda homenaje á nuestros dioses y reniegue de la Religion de Jesucristo, aun cuando antes la haya seguido ó dado sospechas de seguirla. Mas no queremos que ni por este delito ni por otro den oidos los jueces ó gobernadores á memoriales ciegos ó á delaciones anónimas, porque con esto se daría un ejemplo muy indigno de nuestro siglo.» (N. del E.)

teramente la capital de Siria. Habia en su vasto recinto un prodigioso concurso ya de soldados que acompañaban al vencedor del Asia, ya de diputados de las naciones y embajadores de los príncipes extranjeros, y ya de los que habian acudido de todas partes atraídos de la magnificencia de las fiestas y espectáculos. Y así, dice Dion Casio (1), apenas hubo provincia ni ciudad, cuyos habitantes no participasen algo de tan funesta catástrofe que mudó de improviso aquella escena de placeres en un luto universal.

Primeramente apareció muy encendido el horizonte, y unos torbellinos de viento en extremo furiosos llenaron de pavor los ánimos: poco despues resonó en las entrañas de la tierra un espantoso ruido; alteróse el mar, y las olas se levantaron con una violencia que crecia á cada instante. Conmovióse tan horriblemente el monte Casio, poco distante de Antioquía, que esperaban por momentos se hundiese y cayese sobre las habitaciones. Dábanse unos con otros los edificios mas sólidos, agitados por contrarios impulsos, y al fin vinieron á tierra y se arruinaron hasta los cimientos. Las aguas espumosas del rio blanquearon los campos lejanos; y en los parajes donde no habia edificios parecia elevarse y abrirse alternativamente la tierra, como las entrañas de un animal que palpita al tiempo de espirar. En una palabra, el cielo, el mar y la tierra, todo presentaba el mas horroroso espectáculo. El polvo y el humo, impidiendo ver los objetos, convirtieron el dia en una oscura noche; de suerte que solo podia juzgarse del horror de la escena por los gritos lamentables de las infelices víctimas que la tierra tragaba en su entreabierto seno, ó por los de aquellos que

(1) Dion. Cas. Epitom. ad Trajan.

creyendo salvarse con la fuga, se precipitaban desde lo mas alto de las casas quedando sepultados en sus ruinas. Los que tuvieron la felicidad de evitar la muerte quedaron estropeados ó heridos peligrosamente, y de tantos miles de personas como habia en Antioquía solo dos escaparon salvas y sanas.

El cónsul Pedon, que habia recibido un gran golpe en el pecho, empezó á arrojar por la boca sangre á borbotones y poco despues espiró. Para colmo de desgracia, los heridos y todos los que se habian refugiado á las bóvedas subterráneas ó á otros lugares que juzgaban estar á cubierto del peligro, perecieron de hambre y de miseria por la imposibilidad de llevarles socorros, pues este terrible azote duró mucho tiempo sin interrupcion de dia ni de noche. Luego que cesaron los temblores de tierra, comenzóse á hacer la escavacion en las ruinas para librar á los que no habian sido ahogados ni sepultados, y entre otros cuadros interesantes se halló un niño abrazando á su madre muerta, chupando todavía el pecho y disputando al hambre una vida que habia escapado de tantos peligros. Miró el emperador como un prodigio el haberse salvado de esta general desgracia saltando por una ventana de su palacio. Salió herido de un brazo, y el tiempo que duró el terremoto lo pasó en la plaza del Hipódromo á cielo raso, ó en una mala tienda de campaña compuesta á la ligera en medio de los cadáveres y ruinas de esta desgraciada ciudad, que era la tercera del imperio.

Todas las circunstancias de esta terrible desolacion demuestran que fué un castigo de la divina venganza. Los historiadores, en los pocos escritos que se han salvado del naufragio de los tiempos, nada nos dicen en particular acerca de la suerte que cupo en esta catástrofe á los cristianos de

Antioquía; pero es verosímil que fuesen instruidos proféticamente de este peligro, y que le huyesen prudentemente, á ejemplo de lo que hicieron sus hermanos de Jerusalem, que se retiraron algun tiempo antes á Pella. Al menos es constante que Herón, obispo de Antioquía, sobrevivió á tantas muertes, y que gobernó su iglesia muchos años despues del terremoto.

A fines del reinado de Trajano principió á tomar algun crédito el error de los Milenarios, que algunos herejes declarados habian propalado mucho tiempo antes; pero no le pudieron acreditar entre los cristianos virtuosos. Sin embargo, Papias, obispo de Jerápolis en Frigia, le autorizó en cierto modo en su obra de la esposicion de los discursos del Señor, dividida en cinco libros, donde enseña ese error mezclándolo con otras muchas cosas escelentes. Era Papias un hombre de una rara virtud, pero de una sencillez aun mas extraordinaria, de un talento menos que mediano, á juicio de Eusebio, y de muy corta sagacidad y discernimiento, y esto fué causa de que confundiese las parábolas y los sentidos místicos de los Apóstoles con el sentido literal de la Escritura. Mostraba un gran respeto á los discursos de los antiguos; y si encontraba á alguno que los hubiese tratado le preguntaba con ansia: «¿qué decia Andrés, ó Pedro, ó Mateo, ó el santo sacerdote Juan, antiguo discípulo del Señor?» Él mismo habia sido discípulo de este sacerdote Juan, que se cree ser aquel Juan Marcos, pariente de San Bernabé, de quien se habla en los Hechos de los Apóstoles y de un modo aun mas honroso en las Epístolas de San Pablo. La adhesion de Papias á la tradicion, su piedad y sus muchos años le adquirieron gran crédito y contribuyeron no poco á autorizar su error.

San Ireneo, este ilustre doctor que habia sido su discípulo, adoptó esa tan es-

traña opinion, y no precisamente, como muchas veces sucede, por una preocupacion respetuosa en favor de su maestro, si quiera se aventajase á este en capacidad y talento, sino porque juzgaba encontrar en los escritos de San Juan esta doctrina, por cuya razon la abrazaron otros muchos doctores; pero los autores que se sujetaban á la Iglesia la interpretaban de muy diverso modo que sus enemigos. Los católicos engañados creian solamente que despues de la venida del Anti-Cristo, habria una primera resurreccion para solos los justos que hubiesen muerto; y que todos los hombres buenos ó malos que entonces viviesen, serian conservados en la tierra, los buenos para obedecer á los justos resucitados como á sus principes, y los malos para ser esclavos de los buenos; y que la ciudad y templo de Jerusalem serian reedificados con la magnificencia correspondiente á este nuevo reino. Aplicaban á esta ciudad la descripcion alegórica que de la Jerusalem celestial hace el Apostol San Juan en el Apocalipsi, y publicaban que Jesucristo descenderia entonces sobre la tierra para reinar en ella mil años, durante los cuales los Santos de los dos Testamentos vivirian con él en un perfecto gozo. Esta primera resurreccion, segun aquellos intérpretes que entendian muy á la letra las divinas Escrituras, debia ser como un ensayo de la inmortalidad para acostumbrarse insensiblemente á la vista de Dios.

Los herejes daban una interpretacion mucho mas grosera y que no admite ni admitirá jamás excusa alguna, pues sostenian obstinadamente que los Santos pasarian en la tierra el mismo espacio de mil años entre continuos banquetes y placeres carnales. La Iglesia, desaprobando uno y otro error, nos muestra que se deben discernir con mucho cuidado las tradiciones, pues hay algunas particulares que no deben

adaptarse, especialmente cuando otras las contradicen, hasta que reciban la aprobacion de la misma Iglesia. A pesar de esto, como Papias se habia extraviado solo por una simplicidad que disculpaban el tiempo y las circunstancias, se le cuenta en el número de los santos.

Todavía reinaba Trajano, cuando los judíos, dirigidos por un cierto Andriás ó Andrés, y arrebatados de improviso por un espíritu de sedicion y fanatismo, pasaron á cuchillo en Alejandría y otras ciudades cercanas á todos los griegos y romanos que lograron sorprender (1). Y no contentos con quitarles la vida, empleaban para ello los modos mas crueles é indignos; comian las carnes de sus enemigos asesinados; se cubrian con sus pieles y se ceñian con sus entrañas todavia calientes. En solo Egipto mataron doscientas mil personas, y en la isla de Chipre sacrificaron con corta diferencia el mismo número; que quiere decir, que terminaron á casi todos sus habitantes, dirigidos por Artemon, y se acarrearón tanto odio que por fin los arrojaron de la isla, y bajo pena de la vida se prohibió arribar á ella á todo judío, lo cual se ejecutó rigurosamente aun con aquellos que se refugiaban en cualquiera de sus puertos, aun cuando fuesen impelidos por alguna tempestad.

En el año siguiente y último del imperio de Trajano, dieron los judíos una batalla campal, en la que consiguieron la victoria. Los vencidos se refugiaron en Alejandría, de la que seguian siendo dueños, y pasaron á cuchillo á cuantos judíos encontraron. En Cirene vivian tambien muchos israelitas rebeldes que contaban con el auxilio de sus hermanos de Alejandría, y en vez de desanimarse con la nueva de su derrota, se enfurecieron mas. Dirigidos por Lucua, á quien eli-

gieron rey, recorrieron todo el pais como desesperados llevando el fuego y el saqueo por donde pasaban. El emperador mandó á Marcio Turbo marcharse contra ellos con tropas de infantería y caballería y con fuerzas navales. Resistiéronse obstinadamente por largo tiempo, y esta resistencia fué causa de que perecieran una infinita multitud, no solo de estos frenéticos, sino tambien de los demas hebreos de todo Egipto, que habian volado al socorro de Lucua.

Temeroso Trajano de iguales turbulencias por parte de los judíos de Mesopotamia, que eran muy numerosos, ordenó á Lucio Quieto que se preparase á atacarlos y se adelantase á ellos. Hallólos este general ya puestos en defensa, y les dió una batalla en que pereció una multitud increíble. De este modo, mientras la Sinagoga, justificando con sus rebeliones la severidad del cielo, se sepultaba ella misma bajo sus ruinas cubierta de oprobio; la Iglesia, por medio de las tribulaciones que resistia solo con su paciencia, iba estando cada dia mas floreciente.

Poco despues de estas sangrientas victorias murió Trajano, en el año veinte de su reinado, que corresponde al 117 de Jesucristo. Sucedióle Adriano su primo hermano, é hijo adoptivo, el cual no fué mas favorable á los hijos sediciosos de Jacob. Mas como tantas pérdidas consecutivas los obligaban á conservarse tranquilos, sin inspirar temor á los romanos, trocaron estos la venganza en compasion ó por mejor decir en desprecio. Los judíos se aprovecharon de esta indulgencia para conspirar de nuevo, y con esto ocasionaron la destruccion casi total de su nacion, bajo el mismo imperio de Adriano.

La primera causa de la persecucion de Adriano, que San Gerónimo dice haber sido violenta, fué el error en que estaban los romanos de confundir con aquel pueblo in-

(1) Dion Cas. *Epitom. ad Trajan.*

quieto é indócil á los cristianos originarios de Judea; pero esto no obstante, Eusebio no pone á este príncipe en el número de los perseguidores, sin duda porque no publicó ningun edicto contra el cristianismo, y no hizo mas que atizar el fuego mal apagado de la persecucion de Trajano. Esto nos induce á mirar los rigores impíos de estos dos reinados como una sola y continuada persecucion. Adriano odiaba todas las religiones que se oponian á la de los romanos y griegos, y tenia aficion á los agüeros, á la astrología judiciaria y á la mágia; y de aqui provino su odio contra los sencillos adoradores del verdadero Dios, á los cuales por otra parte confundia con las diferentes sectas de los gnósticos.

Habíase entronizado con este nombre poco tiempo antes una turba de sofistas corrompidos que autorizaban los vicios más infames. Saturnino, Basilides y Carpócrates, tomaron las lecciones de Menandro, discípulo de Simon Mago; y nada era mas digno de execracion que los dogmas y la moral de estos sectarios que hacian una monstruosa amalgama de las verdades del Evangelio con las quimeras del paganismo. No les satisfacía la noble simplicidad de nuestra Religion, y querian adornarla con las iniciaciones y observancias idolátricas, de lo cual resultaba un fantasma de religion aun mas estravante que el mismo paganismo, privando de este modo al cristianismo de la superioridad que le dá sobre todas las supersticiones aquel carácter de sabiduría y dignidad que tanto se opone á ellas. Saturnino fué el primero que enseñó que el matrimonio era una union impura y dannable. Basilides afirmaba que el cuerpo de Jesucristo era fantástico y que no habia sido verdaderamente crucificado. Carpócrates enseñaba con poca diferencia la misma doctrina, y tenia al Salvador por un puro

hombre que solo distinguía de los demas por la escelencia de sus virtudes.

Todos estos gnósticos ó iluminados, que asi se llamaban indiferentemente para hacer detestable uno y otro nombre, agregaban á sus especulaciones absurdas las mas abominables máximas de conducta. Sentaban por principio que es inútil y aun prohibido resistir á la concupiscencia; que al fin tarde ó temprano era preciso seguir sus impulsos; que la carne es el enemigo á quien el Evangelio manda ceder en el viage de esta vida; y que asi las obras de la carne no solo son permitidas sino de precepto. Miraban con horror al ayuno, vivian voluptuosamente, y consumian todo el tiempo posible en disoluciones y placeres. Oraban todos juntos y desnudos; eran comunes entre ellos las mugeres, y miraban esta costumbre como parte de la hospitalidad que dispensaban á sus hermanos. En sus asambleas de religion daban suntuosos convites, y se asegura que, despues de comer y beber con exceso, arrojaba uno de sus ministros un pedazo de pan á un perro atado á los candeleros que alumbraban la asamblea, y apagada la luz satisfacía cada uno sus deseos impuros sin distincion alguna de objeto. A pesar de esto se esforzaban por todos los medios posibles en poner obstáculos á la generacion, con cuyo objeto hacian un estudio infame de las mas vergonzosas y abominables prácticas, entre las cuales mezclaban el sacrilegio. Afirmaban espresamente que todas las acciones eran por su naturaleza indiferentes, y que la bondad ó malicia la recibian de las preocupaciones de los hombres. Dificultoso seria dar crédito á lo que S. Epifanio cuenta de estos innovadores, si no nos constase por otra parte cuánta era la corrupcion de la doctrina de los antiguos filósofos; corrupcion que vemos confirmada con los ejemplos de aquellos, que siguiendo por guia á su imaginacion ó á sus pasiones, aun en

medio de una religion tan luminosa, al menos en cuanto á la moral, quieren que consista la diferencia de los vicios y virtudes en solo el nombre ó en las preocupaciones. Y no cabe duda que todas estas primeras heregias no eran mas que una informe mezcla de la filosofia mal entendida y de la religion.

Carpócrates tuvo por discípulo á un tal Pródico, que despues llegó á ser gefe de una nueva secta denominada de los Adamitas, porque pretendian imitar la vida de Adán y Eva en el estado de inocencia; pero al paso que se trataban mutuamente con la mas licenciosa familiaridad, odiaban el matrimonio, que segun ellos se introdujo por el pecado del primer hombre. Carpócrates tuvo un hijo llamado Epifanio, que no pasó de la edad de diez y ocho años, y sin embargo se hizo mas célebre que su padre. Despues de su muerte fué adorado como un dios, y le erigieron templos en la isla de Cefalonia, celebrando su fiesta con sacrificios y libaciones, porque el culto de los gnósticos estaba mezclado con la idolatria y la mágia.

Peró nadie contribuyó tanto como Valentino á propagar la doctrina de los sectarios conocidos con el nombre de gnósticos (1). Habiendo sido antes muy adicto á la verdadera fé mostró su celo en Egipto, de donde creen que era natural, y despues en Roma, y en todas partes arrebatava la admiracion por su talento, por su elocuencia y por otras muchas cualidades que le hacian digno del episcopado. Por desgracia Valentino pretendió este sagrado carácter, y esto era suficiente en aquellos felices tiempos de fervor para que no se concediese. No sabemos qué silla ambicionó, ni quién fué el digno ministro que logró la

preferencia. Opinan algunos autores que se trataba de la cátedra apostólica, y que San Pio ó San Eleuterio fué el Pontífice electo en lugar de Valentino, y se apoyan en un pasage de Tertuliano que atribuye á esta silla en términos formales la primacia del episcopado; lo cual manifiesta que en los mas antiguos tiempos se reconocia espresamente el primado Pontificio. Mas dejando á parte las demas circunstancias concernientes á Valentino, lo cierto es que se eligió un obispo que acaso seria menos sábio que su competidor, pero mucho mas humilde y afirmado en la fé. Despechado Valentino principió á impugnar la doctrina de la Iglesia, de la cual se creia despreciado. Habia estudiado mucho la filosofia griega y especialmente la de Platon y á todos los sofistas de entonces; y mezclando la ciencia de las ideas, los misterios imaginarios de los números y la generacion de los dioses de Hesiodo con el Evangelio de San Juan, que era el único que veneraba, formó un sistema de religion tan absurdo como podia esperarse de tan estravagante miscelánea. La nocion de los cuerpos la confundia con la de los espíritus; tomaba al pie de la letra los términos mas metafóricos; y de las palabras hacia personas, á las cuales atribuía cuerpos y aun sexos diferentes.

Redúcense principalmente las quimeras de Valentino á sus *Eones*, que no son otra cosa que el nombre de los siglos, repetido muchas veces en los libros santos; y que en la lengua griega se llama *Aiones*. Estos Aiones ó Eones eran, segun nuestro visionario, otras tantas personas, entre padres, madres é hijos, que distinguía hasta el número de treinta, lo cual formaba la plenitud invisible, ó el misterioso *Pléroma*, segun el lenguaje de la secta. Valentino pretendia autorizar todos estos delirios con las divinas Escrituras; pero es de advertir que en medio de tan profanos y ridículos em-

(1) San Ireneo, lib. 1, cap. 1; Tertul. in Valent. cap. 7 y sig.